

Tercer Domingo de Pascua – 4 de mayo de 2025, Año C

Homilía:

Escuchamos el domingo pasado cómo Jesús se acercó a Tomás para sanar sus dudas sobre la resurrección de Jesús. Jesús le dijo a Tomás: "Pon aquí tu dedo y mira mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino cree". Tomás respondió: "Señor mío y Dios mío". (Juan 20:27-28.) En el Evangelio de hoy, una vez más, Jesús viene a restaurar y sanar; esta vez, restaura a Pedro.

En la casa del sumo sacerdote, mientras Jesús era interrogado, Pedro lo negó tres veces junto a una fogata (Juan 18:12-26), y cantó un gallo. En el Evangelio de hoy, junto a una fogata tres veces, Jesús le pregunta a Pedro si lo ama. y le da su misión (Jn 21:1-19).

Jesús se apareció a los apóstoles varias veces después de su resurrección. En el Evangelio de Lucas, junto con Pablo en su Primera Carta a los Corintios, nos dice que antes de Jesús aparecer juntos a los apóstoles, Él se apareció primero a Pedro solo (Lucas 24:34; 1 Cor 15:5). No sabemos mucho sobre esto; solo tenemos una breve declaración en Lucas que indica que ocurrió el Domingo de Pascua y una declaración directa en la Primera Carta de Pablo a los Corintios.

Podemos imaginarnos que Jesús trajo una sanación significativa a Pedro durante esa aparición privada. Este fue seguramente el comienzo del quebranto, la sanación y el perdón por las tres negaciones de Pedro a Jesús junto al fuego en la casa del sumo sacerdote.

En el Evangelio de hoy, vemos que Jesús en presencia de los apóstoles junto al mar de Galilea, le preguntó a Pedro tres veces nuevamente junto a unas brasas de fuego si lo amaba. Esto marcó la profundización del quebranto, sanación y perdón de las tres negaciones de Pedro a Jesús. Las tres negaciones ahora han sido borradas y reemplazadas por las tres promesas de amor de Pedro.

Pero, antes que nada, Pedro tuvo que perdonarse a sí mismo. Podríamos suponer que Pedro batalló significativamente para perdonarse a sí mismo. Después de que el gallo cantó y Pedro se dio cuenta de lo que había hecho, el lloró amargamente. Este era su remordimiento. Para algunos, perdonarse a sí mismos es un desafío. Es importante recordar que cuando nos arrepentimos, Dios puede convertir el mal en bien. Pablo escribió en su carta a los Romanos 8:28: "También sabemos que Dios dispone todas las cosas para bien de los que lo aman", lo que significa que incluso un fracaso o un pecado de algún tipo puede transformarse en bien para los que aman a Dios. Pablo lo sabría. Antes de su conversión, él se quedó de brazos cruzados mientras el primer

mártir, Esteban, estaba siendo apedreado hasta la muerte (Hechos 7:58-8:1; 22:20).

Antes de su conversión, podríamos describir a Pablo como un asesino o un maleante, pero después de su conversión, trabajó incansablemente para la Iglesia de Cristo.

Otro ejemplo de mal convertido en bien se encuentra en la vida del patriarca José en el Antiguo Testamento, quien fue vendido por sus hermanos a los comerciantes que pasaban y se dirigían a Egipto. José ayudó a Egipto a prepararse para una gran hambruna, y cuando sus hermanos llegaron a Egipto en busca de comida para llevar a casa, les dijo: "Aunque me quisieron hacer daño, pero Dios quiso convertirlo en bien, para que se realizara lo que hoy ven, conservar la vida de un pueblo numeroso". (Génesis 50:20; ver también 45:7-8) El mal se convirtió en bien. Aquellos que luchan por perdonarse a sí mismos necesitan reflexionar profundamente sobre el perdón de Jesús. El perdón de Jesús es como un pozo sin fondo; No tiene fin. Esa es, sin duda, una forma de entender la Divina Misericordia del domingo pasado. Si Jesús te ha perdonado en la confesión, ¿por qué persistes en condenarte a ti mismo? Que la aflicción y la amargura se convierta en bien. Permite que todas las cosas obren para bien en base a nuestro amor a Dios.

Podríamos imaginar que Pedro se convirtió en una persona mucho más fuerte después de fallarle a Jesús, arrepentirse y ser renovado por Él.

Esa fuerza de Pedro la vemos en la primera lectura de los Hechos de los Apóstoles cuando el Sanedrín prohibió a Pedro y a los otros apóstoles predicar sobre Jesús, pero ellos respondieron: "Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres". (Hechos 5:29.) ¡Qué cambio tan drástico en Pedro: pasar de negar a Jesús a decir: "Debemos obedecer a Dios antes que a los hombres"! En el Evangelio de hoy, Jesús le dice a Pedro:

Cuando eras más joven, te ceñías la ropa e ibas a donde querías; pero cuando seas viejo, extenderás los brazos y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras.

Juan explica que estas palabras de Jesús se refieren al futuro martirio de Pedro por predicar acerca de Él. En Roma, Pedro finalmente sería crucificado durante las persecuciones de los cristianos por el emperador Nerón. De nuevo somos testigos de la transformación en Pedro, de negar a Jesús a dar su vida por Él.

Al contemplar la Basílica de San Pedro, a la izquierda hay un arco donde están parados dos guardias suizos, y detrás de ese arco es donde Pedro fue crucificado boca abajo porque permaneció fiel a Jesús. Pasó de negar a Jesús a dar su vida por Él porque obedeció a Dios en lugar de a los hombres. Tres veces, Jesús le preguntó a Pedro si lo amaba, y tres veces, confirmó que sí. Pedro, demostró este amor por Jesús a lo largo de toda su vida, hasta el punto de ser crucificado por Él en Roma.

Mis hermanos y hermanas, el Domingo pasado vimos como Jesús se acercó a Tomás para sanar sus dudas acerca de su resurrección. Jesús restauró a Pedro después de sus tres negaciones. Aquellos que luchan por perdonarse a sí mismos necesitan reflexionar profundamente sobre el perdón de Jesús, que es como un pozo sin fondo: no tiene fin. Hoy, en el Evangelio Jesús le preguntó a Pedro tres veces si lo amaba mientras lo sanaba. Creo que podríamos escuchar a Jesús preguntándonos tres veces a cada uno de nosotros si lo amamos. Ya que Jesús te ha perdonado en la confesión, ¿por qué sigues condenándote a ti mismo? Que la aflicción se convierta en bien y que todas las cosas obren para bien en base al amor que le tenemos a Dios, para que podamos estar libre de las ataduras del mundo y disfrutar de la paz de Jesús.

Para terminar, el Señor Resucitado nos pregunta hoy: ¿Me amas? Porque en la Pascua, Jesús quiere que nuestro corazón también se eleve; La fe no es una cuestión de conocimiento, sino de amor. ¿Me amas? Jesús nos pregunta a todos hoy, que tienes las redes vacías y tienes miedo de volver a empezar; que no tenemos el coraje de lanzarnos y tal vez hemos perdido nuestra fuerza. ¿Me amas? pregunta Jesús. A partir de ese entonces, Pedro dejó de pescar para siempre y se dedicó al servicio de Dios y de sus hermanos y hermanas, hasta el punto de dar su vida.

¿Y nosotros, queremos amar a Jesús? ¿Me amas? ¡Dios nos amó primero! Que la Virgen María, Madre de nuestro Señor Jesús y Madre nuestra, que ha dicho "sí" al Señor con prontitud, nos ayude a redescubrir en nuestras vidas el ánimo de comenzar de nuevo, de hacer el bien y de amar al prójimo como a nosotros mismos.